

Ángeles
de Irisarri

Diez relatos
de Goya
y su tiempo

10

DIEZ RELATOS DE GOYA Y SU TIEMPO

ÁNGELES DE IRISARRI

GOYA-DUQUESA/DUQUESA-GOYA

Mi señora Teresa Cayetana:

Si no se desnuda vuestra merced, no podré terminar el cuadro. Porque no sé si tiene las tetas grandes o chicas o algún lunar o verruga o arrugas en el vientre. Y gusto de pintar del natural.

Mande su merced a su servidor que besa sus manos.

Fran. de Goya

Don Paco:

Tomad otra mujer. Qué se yo... una moza de aldea, una criada, una puta sabida, en fin, cualquiera que se preste. No me puedo desnudar. En mi casa y en Madrid lo verían mal. Ya tenéis mi cara y mis medidas, ¿qué importa mi cuerpo? En el retrato que dais en llamar la Maja vestida, mis senos concuerdan con mis caderas, mi cabeza con mis pies. Imaginadme, señor.

Que Dios os acompañe siempre a vos y a los vuestros.

Teresa Cayetana, duquesa de Alba.

A la muy alta señora doña Cayetana, duquesa de Alba:

No seáis gazmoña, señora mía, que no he de veros con los ojos del hombre sino con los del artista.

Salud y mi dilecta consideración.

Fran. de Goya

Don Francisco:

Ni vos mismo creéis lo que decís. Vuestros ojos se van siempre detrás de las faldas. Acaso ¿no salisteis huyendo de la justicia de Zaragoza y otro tanto de la de Madrid por negocios de mujeres que nunca me quisisteis contar? ¿Cuántas veces quedó preñada la señora Pepa, vuestra esposa? Rabiáis sólo por ver a una mujer. Dejad ya el asunto. Me estoy cansando. No aguanto a gente impertinente. No he de desnudarme. El primer duque de Alba se revolvería en su sepultura. Mi familia sería el hazmerreír de la Corte... Y el arzobispo... El arzobispo tal vez me excomulgara o me denunciara ante el Santo Ofi-

cio, pues que no hay costumbre de que las damas se desnuden por estas tierras.

Ved de arreglarlo de otro modo.

Quedad con Dios.

Teresa C.

... (papel en mal estado de conservación)

¡Pardiez, mi señora Cayetana, pardiez!... (letra de Goya ilegible)

Paco:

Yo no soy nada de allá como mujer, soy poca cosa. Y no, no quiero.

T. C.

A doña Teresa Cayetana de Alba:

Os comprometísteis. La idea fue vuestra. Si no aceptáis os pintaré un cuerpo deformado.

Pensadlo, señora.

Fran.

A don Fran. de Goya:

Si me pintáis como a la Mari Barbóla, esa que llaman la «monstrua» por su extrema gordura, o, como hacía el maestro Bosco con extrema delgadez, os lo demandaré. Si me hacéis un cuerpo viejo o

enfermo, preparaos. Os perseguiré y así terminarán los dimes y diretes y las calumnias que sobre nosotros dos circulan por los mentideros de Madrid.

T.

Señora Teresa Cayetana:

Yo fui torero. Con el estoque en la mano no temo a nadie.

Este negocio fue idea vuestra.

Francisco.

Don Francisco:

Os abonaré el doble, el triple de lo convenido, os daré dineros o libraré un pagaré, pero dejad de enviarme billetes. Dejad de agobiarme, por Santa María Virgen.

A Dios.

T., duquesa.

Señora duquesa:

No voy a terminar el retrato. Lo voy a quemar. Tengo otros pedidos. Varias marquesas aguardan su turno. Me da lástima porque tengo una cabeza tendida sobre una almohada y me falta todo lo demás.

Recapacidad, señora. Los grandes maestros pintaron mujeres desnudas.

Que Dios acreciente vuestra salud.

Fran. de Goya.

Señor don Francisco:

No encuentro inconvenientes. Si habéis copiado ya mi cabeza, es suficiente. No es necesario más. Enviadme el cuadro y os lo abonaré. Me conformo con la cabeza. Si es caso ponedla sobre una bandeja y así, pasados unos años, algún estudioso podrá confundirla con la del Bautista.

Dios os guarde a vos y a doña Pepa.

Teresa Cayetana.

Duquesa doña Cayetana:

No quiero dinero. No quiero un ochavo. Recuerdo a usía que este negocio me lo propusisteis vos. ¿Es que no tenéis palabra?

Quedad con vuestra pazguatería. Yo ya no encuentro sosiego, señora.

Fran.

No seas bellaco Paco, no seas bellaco. Eres un malandrín. Cuando me infor-

maste de que la Venus del maestro Botticelli era una antigua duquesa de Ferrara, cuyo nombre no recuerdo, yo apunté que ninguna de mis antepasadas se había dejado retratar desnuda, pero no sé si dijiste verdad pues eres un camandulero, Paco. Yo comenté en aquel momento la impresión que ocasionaría en la Corte que me dejara pintar de esa guisa, me reí, pero nada más, no acepté posar para ti.

¿Está claro? No insistas Paco.

A Dios.

C.

A mi señora doña Cayetana:

Dejaré escrito para la posteridad que fuisteis pintada desnuda antes que vestida, lo que os creará mala fama. Allá lo que se diga de vos y de vuestra casa.

Fran.

Yo, Teresa Cayetana de Alba, por la ira de Dios varias veces retratada por don Francisco de Goya, de ejercicio pintor de Corte de Su Majestad, cargo con renta anual de... reales... (papel comido por los ratones)... hombre lenguaraz de lo más... Me pintaste en una cama y también de

pie con mantilla negra y corpiño rojo. Imagínate lo que hay debajo de las vestes. Ya tengo oído, tal se dice, que los aragoneses son gente terca... pero tú, don Paco, te llevas la palma... Abandona el cuadro... Toma otro encargo... Retrata a la de la Solana o a la de Chinchón... Pero no me escribas más... Mis mensajeros están exhaustos, todo el día de Cádiz a Sanlúcar... Mis criadas andan revueltas con tanto billete, con tanto cruce y jaleo de cartas, que voy con el recado de escribir a toda hora en la mano... Y, sinceramente, Paco, me estás jodiendo con tanta insistencia... No seas badulaque. ¿Importa cómo sea yo desnuda?... Lo que dices de la posteridad me da un ardite, Francisco.

No vuelvas a escribirme. Dale memorias a doña Pepa.

Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, duquesa de Alba.

A su excelencia doña Cayetana de Alba, mujer de prendas, de cara de Virgen, mi máspreciado retrato:

Cayetana, amiga y señora, tu negativa me quema vivo... si te dejas pintar desnu-

da serás inmortal y yo también... (papel estropeado por la humedad)...

Piénsalo. No seas demoñeja.

A Dios.

Fran.

Francisco, amigo:

Si no eres inmortal por pintarme en cueros, lo sentiré. A más, no creo que yo vaya a serlo por ello. De un tiempo a acá me viene fiebre a la caída de la noche. Hoy me encuentro peor, cierto que no sé si es que ando encorajinada por tus billetes o porque tengo media jaqueca. No obstante, puedes dejar por un tiempo el pincel y los monstruos que te mantienen ocupado, esos extraños hombres y animales que te hacen soñar... y venir a visitarme... Hablaremos largo... Paco, Repaco, no te enojés conmigo... Si yo fuera una aldeana o acaso hembra pública, lo haría con agrado, por darte un gusto ya que muestras tanto empeño, pero, ya ves, nací duquesa. Compréndelo... Pásate por casa, haré que te preparen una habitación. Paco, querido Paco, ¿vendrás? Dime que sí.

Te saluda.

C.

Doña Cayetana, mi señora:

¿Para qué voy a ir a vuestra casa, para qué? Estoy cada vez más sordo, no oigo apenas, no podré hablar con vos. Los médicos no atinan conmigo... A ratos me hace que escupís por vuestra boca, señora... ¡Voto a Sanes!... (resto del papel roto)...

BANDERILLAS EN EL CAMPO

Aquella tarde la tertulia en la casa de Cádiz de don Sebastián Martínez andaba muy animada. Don Francisco de Goya se había recuperado bastante bien de su terrible enfermedad, aunque se había quedado sordo, y estaba de visita el maestro Pedro Romero, el torero más famoso del momento. El anfitrión mostraba su complacencia con tan grata compañía y hacía que sus hijas sirvieran dátiles y copas de vino fino de Jerez, de sus propias bodegas. El que más hablaba de todos, sin apenas dejar intervenir a los demás, era el torero.

Goya, que lo pintó en una placa de hojalata, titulada Banderillas en el campo (en ella se observa un coso, una gente tras la barrera, un torero con un capote en la mano y cuatro banderilleros), como no oía, no se enteró de la conversación; o la trabucó con o sin intención, o prefirió la componenda que se hizo en su mente a

la verdadera historia que contaba Pedro Romero; porque, a saber qué llevaba aquel hombre en la cabeza o si quería distraerse después de tantos días de fiebre y oscuridad. El caso es que estuvo mucho tiempo hablando de la influencia que tienen las mujeres sobre los hombres hasta después de muertas, algunas mujeres; porque otras no, otras son olvidadas enseguida; asombrándose de Pedro Romero que, en el arrenal, pedía consejo a una gitana que tuvo de criada para enfrentarse al toro. En realidad, el pintor no sabía si había entendido bien al matador pues que dudaba entre que el torero pidiera auxilio a la dueña o se lo diera ella gratuitamente.

Porque, vamos a ver, ¿qué disparate era aquel de que la sirvienta, ya fallecida, se hubiera puesto farruca en los últimos meses e insistiera al diestro en que le entrara al bicho por el pitón izquierdo y que incluso se permitiera cambiarle la estampa de La Macarena por la del Santo Cristo de Triana? ¿Qué era aquello de que le prohibiera torear en la Plaza de Ronda? Y

¿de lo que había entendido de que el maestro se ponía nervioso por cualquier cosa y discutía con los miembros de su cuadrilla hasta un par de banderillas? ¿Cómo podía ser tan grande el influjo de la criada? ¿Acaso se trataba de una enfermedad? A más, que Pedro Romero la interpretaba mal, se lamentaba de que le era cada vez más difícil comunicarse con ella, sostenía que se descontrolaba, y nadie le tenía que decir que andaba alunado, lo veía con sus propios ojos.

Mal asunto para un torero, mal negocio. Quizá debiera reposar un tiempo y mirar al mar como había hecho él, Francisco de Goya, llegando a encontrar sosiego. Porque no era natural que, Pedro Romero, con su cuadrilla en el burladero, el ganadero en el callejón, el público en las gradas y el bicho en la plaza, todos diciéndole alguna cosa, y sabiendo que su difunta criada estaba muy lejos, a ratos creyera verla asomada a una ventana situada en la inmensidad del cielo, y que le vinieran grandes lagrimones a los ojos que le cegaban y no le dejaban ver al

enemigo de tal manera que toreaba a tentón.

Y lo que dijo el sevillano, o lo que imaginó el aragonés, que estaba en Ronda y andaba la corrida por el quinto toro en la suerte de varas, y el, Romero, tenía el capote mordido con los dientes y los ojos arrasados de lágrimas y, aunque alzaba la mirada al cielo, su criada, la señora Amaranta, que un día le leyó la buena-ventura en la calle de las Sierpes y desde entonces entró a formar parte de su cuadrilla porque le aseguró un magnífico porvenir y nunca quiso de él otra cosa que pan y techo, no le decía nada sobre si el bicho, un toro astifino y bragado, estaba suficientemente castigado o no, y él dudaba si hacer señal al varilarguero o dejarle continuar.

Hasta que cambió de tercio el Presidente, y el torero se encomendó a doña Amaranta, le envió disculpas al lugar donde estuviere por haberla llamado pesada y regañona, y se entró en el burladero a mojarse la garganta y, disimulando, a se-